

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Francisco

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

«**Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica»**

22 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Credo, inmediatamente después de profesar la fe en el Espíritu Santo, decimos: «*Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica*». Existe un vínculo profundo entre estas dos realidades de fe: es el Espíritu Santo, en efecto, quien da la vida a la Iglesia, quien guía sus pasos. Sin la presencia y la acción incessante del Espíritu Santo, la Iglesia no podría vivir, ni realizar la tarea que Jesús resucitado le confió de ir y hacer discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28,19). Evangelizar es la misión de la Iglesia; no solo de algunos, sino la mía, la tuya, nuestra misión. El apóstol Pablo exclamaba: «*iAy de mí si no anuncio el Evangelio!*» (1Co 9,16). Cada uno debe ser evangelizador, sobre todo con su vida. Pablo VI subrayaba que «*evangelizar... es la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Existe para evangelizar*» (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14).

¿Quién es el verdadero motor de la evangelización en nuestra vida y en la Iglesia? Pablo VI escribía con claridad: «*El Espíritu Santo es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él, y pone en sus labios las palabras que por sí solo no podría hallar*»; y también: «*el alma del que mucha pena hace que se abra su corazón al Bueno Nuestro Señor*».

Pensemos en esto. Llevar el Evangelio es anunciar y vivir nosotros en primer lugar la reconciliación, el perdón, la paz, la unidad y el amor que el Espíritu Santo nos da. Recordemos las palabras de Jesús: «*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros*» (Jn 13,35).

Un segundo elemento: el día de Pentecostés, Pedro, lleno de Espíritu Santo, poniéndose en pie «*con los Once*» y «*levantando la voz*» (Hch 2,14), anunció «*con franqueza*» (Hch 2,29) la buena noticia de Jesús, que dio su vida por nuestra salvación y al que Dios resucitó de entre los muertos. He aquí otro efecto de la acción del Espíritu Santo: la valentía de anunciar la novedad del Evangelio de Jesús a todos, con franqueza, con parresia, en voz alta, y en todo tiempo y lugar. Y esto sucede también hoy para la Iglesia y para cada uno de nosotros: el fuego de Pentecostés, la acción del Espíritu Santo, genera siempre nuevas energías para la misión, nuevos caminos por los cuales anunciar el mensaje de salvación, nueva valentía para evangelizar. ¡No nos cerremos nunca a esta acción! ¡Vivamos con humildad y valentía el Evangelio! Testimoniamos la novedad, la esperanza, la alegría que el Señor trae a la vida; sintamos en nosotros «*la dulce y confortadora alegría de evangelizar*» (*Evangelii nuntiandi*, 80). Porque evangelizar, anunciar a Jesús, nos da alegría, nos impulsa hacia arriba; en cambio, el egoísmo nos trae amargura y tristeza, tira de nosotros hacia abajo.

Indico solamente un tercer elemento, que, sin embargo, es particularmente importante: una nueva evangelización, una Iglesia que evangeliza, debe partir siempre de la oración, de pedir, como los Apóstoles en el Cenáculo, el fuego del Espíritu Santo. Solo la relación fiel e intensa con Dios permite salir de las cerrazones propias y anunciar con parresia el Evangelio. Sin la oración, nuestro obrar se vuelve vacío y nuestro anuncio ni tiene alma ni está animado por el Espíritu.

Queridos amigos, como afirmó Benedicto XVI, hoy la Iglesia «*siente sobre todo el viento del Espíritu Santo, que nos ayuda y nos muestra el camino justo; y así, con nuevo entusiasmo, me parece, estamos en camino y damos gracias al Señor*» (Discurso en la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 27-10-2012: *L’Osservatore Romano*, ed. en español, 4-11-2012, 2). Renovemos cada día la confianza en la acción del Espíritu Santo, la confianza en que Él actúa en nosotros, está dentro de nosotros, nos da el fervor apostólico, nos da la paz y nos da la alegría. Dejémonos guiar por Él; seamos hombres y